

SANTANO, José Antonio, *Trasmar*, Granada, Editorial Alhulia, 2005, 187 págs.

La producción literaria que conocemos de José Antonio Santano (Baena, 1957) se bifurca claramente en dos direcciones: la lírica, a la que pertenecen sus poemarios *Profecía de otoño* (1994), *Exilio en Caridemo* (1998), *Íntima heredad* (1998), *La piedra escrita* (2000) o *Suerte de alquimia* (2003), por muchos de los cuales ha recibido importantes galardones que le han supuesto, por un lado, ser finalista en el Premio Nacional de la Crítica y en el Premio Nacional de Poesía 2000, y por otro, ser traducido al italiano por Emilio Coco en el volumen *Quella strana quiete*; la otra dirección es la del ensayo, que acoge, entre otros títulos, los de *Cancionero popular en la villa de Baena* (1986), *Árbol de bendición. Antología literaria del olivo* (2001) y los sucesivos números de la revista (de la que es director) *Cuadernos de Caridemo*. Pero en este autor cordobés (en la actualidad residente en Almería) debe empezar a reconocerse una tercera orientación literaria, la del relato, que inaugura con un reciente libro de 2005 titulado *Trasmar*.

Este es un volumen que se compone de cinco apartados en que se alojan alrededor de una treintena de breves capítulos por los cuales supura lenta y apasionadamente la intimidad del autor transformada en una prosa altamente poética y cálidamente emotiva. Su afán por transcribir anécdotas personales (unas de la infancia, otras de la madurez) tiñe la narración de continuos accesos biográficos (“Ahora sólo sé que mi vida siempre ha sido como el color de las teclas de aquel viejo piano”, pág. 22) que el lector encuentra evocados con vehemencia y pasión y a un tiempo prosificados con evidente carácter filosófico. En este sentido, la mayoría de los episodios están dictados por el tremor incesante de la infancia o de la juventud, como frecuentemente se reconoce: “Sin saber cómo me vi atrapado por los recuerdos” (pág. 122). Es una edad apegada al paisaje de la campiña cordobesa y a la ciudad natal de Baena, lo que además le permite describir antiguas y desaparecidas costumbres sobre las que se funden biografía, historia social y recuerdos personales. La reiteración, por otra parte, de algunas escenas obliga incluso a relacionar determinados capítulos que vemos unidos por un espacio o un personaje, como ocurre al recordar dentro de un autobús la historia de Celedonio Cabrales. Es tan intensa la pulsión del recuerdo de aquellos años juveniles que el protagonista llega a confesar sin tapujos: “Desde aquel preciso instante su luz guía mi soledad y avanzada decrepitud” (pág. 26).

Sujetos también a la narración en 1ª persona, pero mostrando el envés de este punto de vista, encontramos los diferentes párrafos de la que es última sección

del libro, “Cartas a Lucián”, en las cuales –a través del moderno procedimiento dialógico del correo electrónico– se dejan traslucir sentimientos dominantes de pesimismo y miedo: “Tal vez todo sea olvido, soledad, silencio, dolor y herida” (pág. 150). El narrador se muestra con una desorientación vital en la que hace mella el intimismo del relato psicológico, que aporta una continua reflexión sobre el vivir solitario y apesadumbrado, sobre el sentimiento nihilista de la existencia, que acaba en el pensamiento de la muerte en referencias del tipo “vuelven los silencios, la muerte con su pálido rostro para acompañarme” (pág. 164), o en esta otra en que se concluye. “busco desesperadamente y no hallo sino la fugacidad de la vida” (pág. 167). La melancolía es aquí un código lírico insuperable que conduce al refugio en los recuerdos y en la literatura.

Dentro de los relatos expresados en 1ª persona existe un conjunto unitario que está constituido por aquellos cuyo espacio es la ciudad de Almería y que quedan englobados bajo el rótulo “La ciudad dormida”. Almería es un ámbito personificado con tratamiento de pasión amorosa –de indudables raíces árabes (“vuelvo para amarte como nunca jamás hombre alguno te amara”, pág. 74)–; en ese ámbito se arracima el amor, la belleza, la historia y el entorno geográfico, algo que en general se justifica en afirmaciones diversas: “Abriré bien los ojos para no perder detalle de tu excelso paisaje” (pág. 75). En tales relatos (algunos dedicados a la Alcazaba almeriense) se configura una prosa cuidada, sonora, ajustada a precisas adjetivaciones y a esplendorosas metáforas; puede decirse que todo su tomo aboca a las íntimas confesiones de un viajero sensible que descubre nuevos horizontes en la ciudad: “Caía la tarde con sus hilos de luz azafranada sobre la Alcaicería que almacenaba el atesorado y suntuoso fulgor de las sedas” (pág. 78). Las abundantes sensaciones en torno a la tarde, el crepúsculo, la noche, el silencio de la piedra o el rumor de la brisa reflejan el ensimismamiento y el detallismo de un viajero que queda prendado del paisaje que lo circunda o del monumento que visita, dejando que la belleza lo inunde y a menudo lo transporte hasta los límites de lo soñado.

Observamos que algunos capítulos están redactados en 3ª persona porque en ellos se fijan historias de otros personajes: por ejemplo, la de un emigrante que por cumplir sus sueños está dispuesto a traspasar “la frontera infranqueable del miedo”, o la del mendigo que le recuerda a otro que vio en su infancia. Son relatos en donde se entrecruzan la realidad, los recuerdos y los sueños y donde existe una solapada crítica a las situaciones de pobreza o de falta de libertad, por eso en ellos queda clara la denuncia social o política, la misma que en otros lugares rebrotará con alusiones a la etapa de posguerra (véase, a este respecto, la prosa de “Texto para un fin de siglo”). Es de destacar, asimismo, la extraordinaria

capacidad del autor para penetrar en el sentir de otros personajes y poder *transmitir sus sensaciones más trepidantes*.

Tenemos la convicción de que José Antonio Santano se ha volcado en este libro con toda su capacidad de poeta y de seducción lingüística. Con ese título tan novedoso que hace referencia al mar (“siempre presente en la memoria y remembranzas del autor”, según advierte José de Miguel en el prólogo), ha escrito un ramillete de relatos en los que la anécdota queda trascendida para impulsar invariablemente a la reflexión. Son estas unas prosas cuyo fin es convulsionar las inagotables fuentes de la poesía para beber sus *secretos* y mostrar las variadas vivencias y las emociones más intensas e insoslayables del ser humano. Efectos líricos como *el silencio, la luz, el misterio, el mar* (a veces empleado incluso en sentido metonímico) o la emoción del recuerdo quedan *aunados en una grandiosa personificación* extensible a toda la naturaleza, pues los sonidos, el campo, el color, la noche o el sueño son agentes que participan e interactúan en el acontecer del protagonista, que a su constante emoción apesadumbrada (“Profundiza en tu interior, sé tú mismo”, aconseja en la página 163) añade una crítica social indeleble y normalmente desesperanzada, ya que “el hombre sigue siendo, en pleno siglo XXI, un ser egocéntrico, carente de sensibilidad y raciocinio” (pág. 185). Frente a este estado de realidades, *Trasmar* ha de verse como un libro que da valor absoluto a la literatura, a la emoción y a la belleza, como un intento de salvación íntima, o según leemos en la página 187, como “un inmenso manto de palabras y sentires”. [ANTONIO MORENO AYORA]